

Gabriela Arias Uriburu

ENEMIGO ÍNTIMO

Cómo sanar los vínculos

Introducción

Un día como tantos de 1997, me encontraba en un banco de la capital de Guatemala, país donde vivía, esperando mi turno para realizar un trámite de rutina cuando, de pronto, sonó mi celular. Era la secretaria de mi ex marido –aún no habíamos concluido los trámites de divorcio–, y me dijo: “Los chicos se están yendo de vacaciones. No vayas a buscarlos, porque Imad se fue con ellos”. Atónita, tuve el palpito de que estaba ocurriendo lo peor. Salí del banco, me subí a mi auto y desesperadamente manejé hasta casa. En ese tránsito, me encomendé a Dios, porque tuve la certeza de que a mis hijos no encontraría allí. Al llegar, el guardia me cortó el paso y me obligó a frenar. Movida por mi instinto de madre, lo amenacé con embestir la puerta y entonces me tuvo que dejar entrar.

El ambiente era de desolación. Gran parte de mis muebles no estaban, pero los cuartos de los chicos se mantenían inalterados, como si ellos todavía estuvieran habitando allí y fueran a salir a mi encuentro de un momento a otro. Volví al living y caí de rodillas; sentí el mazazo del destino. Supe que aquel era el inicio un drama tremendo. Yo, al borde de un abismo, tuve el palpito inequívoco y brutal de que no vería a mis hijos por mucho tiempo. Me encontraba en estado de *shock*, suspendida en un trance sin tiempo, sin espacio, donde se suele instalar la no

emoción. Era como estar en el vacío. La imagen inmediata que tuve fue la de un espejo que se rompe, cuyos pedazos no pueden volver unirse. También pensé que si me quedaba con algunos de esos trozos de vidrio en la mano, podía cometer un acto cortante, no de suicidio, pero sí de tajar, con o sin sentido. Pero la cuestión pasaba por mantenerme viva para poder volver a ver a los chicos. Me comuniqué con mi abogado, como pude, le expliqué lo que ocurría, quien me advirtió: “Tu vida corre peligro. No es solamente la vida de tus hijos: sin madre no hay causa, no hay nada. Juntá tus cosas, las que puedas, y andate de ahí cuanto antes”. Y así lo hice, con la profunda tristeza de mi alma muerta.

Recién tres meses después, supe que mis hijos estaban en Jordania, con su padre. Tres meses que marcarían el preludio de una odisea sin precedentes.

Por mucho tiempo me acompañó la imagen de la historia de la mujer de Lot, no tenía que mirar hacia atrás, de lo contrario sentía que iba a morir, convertida en una estatua de sal de cara al pasado. Muchas veces me vi, parada en esa casa, con todo ese ayer envuelto en llamas, como alegoría de un hogar irrecuperable... La foto, tras cruzar el umbral de la casa, me mostraba a mí con mi valija.

En cada viaje que realicé a Jordania, a lo largo de estos 21 años, para ver a mis hijos, elegí un libro que pudiera acompañarme, como una suerte de sincronicidad con respecto a las dificultades que iba a tener que atravesar. Un libro en el que pudiera encontrar la sabiduría para sostenerme y me ayudase a resolver la situación que estaba atravesando. Tal vez el hecho de buscar siempre un libro, un texto que me acompañara, revelaba la soledad en la que estaba sumida en mi cruzada. Para mí, el encuentro con la lectura, la filosofía y los grandes pensadores fueron un camino de autoconocimiento, nada más y nada menos. Joseph Campbell fue un autor importante en ese proceso. Fue el que más me fortaleció, porque con él comencé a entender que el camino del héroe no se limita a los arquetipos de la mitología, y que lejos de lo que yo creía, no estaba sola. Rescato estos conceptos de Campbell, que expone en un documental:

“... ni siquiera tenemos que emprender solos el camino, ya que los héroes de todos los tiempos nos han precedido. El laberinto es perfectamente conocido, solo debemos seguir el hilo del camino del héroe. Y donde esperábamos encontrar algo abominable, encontraremos un dios. Y donde habíamos pensado matar a otro, nos mataremos a nosotros mismos. Y donde habíamos creído que viajaríamos hacia afuera, llegaremos al centro de nuestra propia existencia. Y donde habíamos esperado que estaríamos solos, estaremos con todo el mundo...”¹.

Él fue quien me llevó al encuentro con Oriente y Occidente y a construir un puente allí, donde parecía haber un abismo. Llegué a Campbell leyendo a Maureen Murdock², en su admirable *Ser mujer, un viaje heroico*, mi primer libro en esta encrucijada. A partir de ahí, otras lecturas y otros autores me fueron dando las herramientas para poder comprender lo que estaba viviendo.

Cada viaje era un umbral, una exigencia brutal; ya que el aporte que me había proporcionado el anterior –si bien había contribuido generosamente a que tuviera herramientas y una nueva mirada de nuestra historia familiar–, en el siguiente ya no alcanzaba para los nuevos desafíos que inevitablemente surgirían y para todo lo que debería sobrellevar.

¿Cómo llegó a mis manos *Mujeres que corren con los lobos*?³ Regresaba con mi hermana Marcela de uno de esos viajes, y en el Aeropuerto de Barajas, vimos el libro de Pinkola Estés. Compramos dos ejemplares, uno para cada una⁴.

El libro quedó un tiempo en la biblioteca, como suelen quedar, de canto, en una espera incierta. Pero en 2005, cuando ya estábamos llegan-

¹ Campbell, Joseph, *Joseph Campbell and the Power of Myth* PBS (Cadena estadounidense de educación pública), 1988 (EE.UU). Este documental fue compaginado con seis conversaciones de una hora cada una, entre el mitólogo Joseph Campbell y el periodista Bill Moyers.

² Murdock, Maureen. *Ser mujer. Un viaje heroico*. Gaia Ediciones, 2010 (España). Es autora, educadora, psicoterapeuta orientada a Jung y fotógrafa.

³ Pinkola Estés, Clarissa, *Mujeres que corren con los lobos*, Ediciones B.

⁴ Marcela fue una hermana muy importante en mi vida. Ella me fue acercando todas las herramientas para realizar mi trabajo interior, mientras yo estaba dando mi pelea. Falleció en 2008.

do al marco de resolución de la historia con nuestros hijos –y aclaro que una cosa es el marco y otra es la resolución–, la historia estaba tomando otro camino. En ese viaje me lo llevé de compañero. Ya había empezado a leer la introducción, que es sumamente movilizante, antes de partir. A esa altura, yo estaba muy empapada de la psicología junguiana, aunque hasta ese momento nunca había leído a Jung directamente, solo a través otros autores. Y fue increíble, realmente iluminador, porque me encontré en Jordania frente a mi propia historia. Lo que estaba viviendo era relatado arquetípicamente por Pinkola Estés en el cuento *Barba Azul*, yo había atravesado “aquello” de lo que hablaba el libro.

Curiosamente, en nuestra historia ya había ocurrido la depredación, por lo que el texto activó otra dimensión. Desde 1997, hasta la llegada de *Mujeres que corren con los lobos*, de Estés, en 2005, había vivido oscuridades profundas, hechos depredantes, violencia que me invitaba a ser parte y también la víctima en la labor terapéutica. En cada frase que leía, iba descubriendo la gran labor interior que había realizado, vinculada con todo ello.

Cuando me encontré con el depredador, o sea, con Barba Azul, de alguna manera él ya estaba siendo para mí. Me refiero a que yo, desde hacía unos años, estaba en franco trabajo con ese personaje para quitarle y quitarme las máscaras.

En lo personal, fue el momento más asombroso, porque todo el mundo me preguntaba: “¿Cómo hiciste para contener tu violencia?”. Ese cuestionamiento, por parte de la gente, es razonable porque responde a una lógica: quien ha sido violentado “tiene el permiso para violentar” y, por las características de mi caso, yo tenía toda la aprobación social para hacerlo. Hasta llegaron a proponerme, como única solución posible, el contra secuestro de mis hijos por un grupo comando y con esta acción recuperarlos definitivamente. Era hacer justicia por mano propia. La víctima no cree en la justicia. No tengo dudas de que si yo hubiera movilizado los medios en ese sentido, esa acción hubiera sido aprobada por todos. Es más, haber decidido no hacerlo me costó –en esos primeros tiempos–, ser señalada y criticada por mi negativa. Además, era la acción que se esperaba de Occidente, la que había realizado durante

siglos: entrar, perpetrar, llevarse objetos, riquezas... Se esperaba de mí la reacción cultural de Occidente, irrumpiendo en Oriente, y un Oriente a la espera de la escalada violenta.

¿Qué me detuvo? Mis hijos y mi propia historia familiar. En definitiva, cabe resaltar que cualquier acción que hiciera para mí, indefectiblemente iba a tener un costo para los chicos. Y no hay que confundir este concepto con la consigna de “poner la otra mejilla”; es algo diferente⁵.

Yo estaba luchando contra una estructura religiosa y mental completamente diferente a mi tradición, con el agravante, además, de ser una mujer. Y aquí es donde se incorpora un factor crucial, vinculado con el lugar del femenino o el sitio de la mujer en otras culturas: la tentación de medir la situación de la mujer en Medio Oriente solo con la mirada de Occidente. Comprender esa otra mirada era parte del desafío que tendría por delante y que me llevaría a otro nivel de entendimiento. Porque de la misma manera que nuestra mirada cambia aquello que observamos, en la medida que lo hacemos, esa imagen termina transformándonos a nosotros también.

Por esta razón, me sentí nuevamente convocada a trabajar con la figura del depredador en este momento tan complejo del mundo. Pienso que estamos llamados –dadas las vicisitudes que en esta temática se están produciendo a nivel social–, a transitar otro camino relacionado con unir todos nuestros aspectos. En esta integración está el poder ir hacia una vida diferente que en lo íntimo, seguramente, se intuye que es así. No se trata de elegir un sistema que rija sobre nuestra vida, sea el matriarcado o el patriarcado. No se trata de imponer modelos excluyentes, porque sabemos que eso no contribuye a mejorar la crisis que atraviesan los vínculos en nuestra sociedad.

Como en este libro nos basamos en la historia de Barba Azul, cabe señalar que, tanto el cuento como las imágenes que aparecen, provocan en nosotros el despertar de todo el poder de la simbología –ogro, herma-

⁵ Toda esta historia fue contada en tres libros: *Después de Todo*, *Vínculos* y *Al Encuentro del Corazón*.

nas mayores, llave, sótano, puerta, sangre, hermanos—, y eso nos lleva a descubrir el contenido que de por sí resulta muy difícil de comprender desde la intelectualidad únicamente. El símbolo nos permite ingresar en el corazón del arquetipo y encender la luz en aquellos lugares de la mente donde hasta el momento no fue posible. Estamos hablando justamente de atravesar un camino cuyo punto de partida está en la oscuridad y su destino es alumbrar/nos.

El cuento nos invita a dar pasos concretos, y en esos pasos vamos a trabajar a lo largo de este libro. Lógicamente el primero consiste en determinar quién es el depredador y qué es, qué provoca en nosotros. El segundo sería conocer y saber de qué estamos hablando, porque de ese modo podremos construir un perfil —que es posible vincular con un arquetipo—, que permita que cada uno de nosotros se encuentre con su propio depredador. No se trata de seguir señalando hacia afuera, sino de una indagación profunda de nosotros mismos. El afuera solo es el relato de lo que llevamos adentro. Como no podemos vernos a nosotros mismos, nos vemos en el otro, y el otro, verdaderamente, cumple una función de espejo. Esto se relaciona con lo que la psicología llama *proyección*. ¿Por qué uno no puede verse a sí mismo? En términos psicológicos, la proyección es un fenómeno muy frecuente, consiste en atribuirle a otras personas o ver en los demás emociones, virtudes, carencias o defectos propios. Quien proyecta, rechaza algunos aspectos propios y se los adjudica a otros. Lo que una persona critica de otra siempre se vincula con ella: puede ser algo que le gustaría hacer, pero que no se permite y le fastidia que otro lo haga, o bien algo de su propia personalidad que le disgusta, pero no lo admite. La psicología analítica de Carl Gustav Jung va un paso más allá al afirmar que la proyección consiste en atribuirle los aspectos de arquetipos alojados en la propia psique a personas o a objetos fuera de nuestro propio yo.

Es importante darnos cuenta de que toda situación y toda relación llegan a nuestra vida como una oportunidad de crecimiento, de descubrimiento. Viene a abrirnos las puertas de un universo interior, un aspecto de nuestro ser que está pidiendo sanarse, que necesita ser abrazado. Jung dice: “Aquello que evito, más lo invito, y aquello que

resisto más persiste”. En algún punto, nos tendríamos que preguntar qué es vivir y qué significa la vida. Esta pregunta me la hice muchas veces, y llegué a la conclusión de que el hecho de vivir implica un cúmulo de aprendizajes que vienen a través de las circunstancias y de las personas con quienes me cruzo.

En realidad, las situaciones y las personas van haciendo esta labor aunque no lo percibamos. Al principio, lidiamos con ellas de modo casi inconsciente, hasta que un día comenzamos a despertar nuestra propia conciencia.

Desde el 2009, con Paula Wassner, estamos trabajando en los “Talleres de Encuentro y Sanación”, inspirados en el libro *Mujeres que corren con los lobos*, de Clarissa Pinkola Estés⁶. Lo que vivimos en ellos y las dimensiones que alcanzan estos talleres –algo que hemos constatado por las revelaciones que tienen quienes asisten–, resultan muy sanadores. En el presente libro-taller vamos a desarrollar el capítulo de Barba Azul. A partir de la lectura crítica del cuento, de lo que refleja de nuestras vidas y de esa experiencia compartida, veremos que lo que logramos aprehender del depredador es un factor determinante para un camino de sanación. Antes de introducirnos en el taller propiamente dicho, haremos una breve síntesis del cuento.

⁶ En *Al encuentro del corazón*, un libro-taller publicado por Editorial Kier en 2017, Gabriela aborda el cuento *La mujer esqueleto*, antiguo relato esquimal, para analizar las relaciones de pareja, los ciclos que hombre y mujer necesitan transitar para comprender el vínculo que los une y llegar al verdadero amor.

Barba Azul¹, un cuento para conocernos y reconocernos

Hoy se lo considera un relato infantil, que pertenece al género cuentos de hadas. Pero es una antigua narración popular de tradición oral, que fue tomada y adaptada en distintas oportunidades y por diversos autores. La primera versión conocida es la de Charles Perrault, publicada en 1697, que fue escrita para entretener a los cortesanos de Versalles. Esto implica por qué existen distintas versiones con detalles variables, aunque, en esencia, la historia es la siguiente:

Hace mucho tiempo, en una comarca lejana, vivía un hombre rico y poderoso, dueño de bellas residencias en la ciudad y en la campiña. Estaban decoradas con hermosos mobiliarios de tapizados exquisitos y contaban con vajilla de oro y cubiertos de plata; sus carrozas, tiradas por esbeltos caballos, eran doradas y lujosas². Sin embargo, todo ese esplendor se opacaba porque era muy feo y su aspecto

¹ A medida que leamos el cuento, daremos mayor énfasis e intercalaremos un comentario en aquellos párrafos claves, que son sustanciales para el desarrollo de todo el taller.

² Es importante tener en cuenta que el depredador que está afuera es el reflejo del depredador que hay adentro. Veremos esto a lo largo de todo el libro. El depredador es siempre poderoso, desde algún lugar cumple con esa función arquetípica. Nosotros, como humanidad, estamos enredados en toda una cuestión en torno al *tener*. En el caso de Barba Azul, su riqueza sirve de anzuelo. Habría que analizar dónde se sitúan la riqueza,

infundía temor³. Y más aún, su barba era azul, de un tono añil, que acentuaba su fealdad. Las mujeres lo rechazaban y las jóvenes huían de él.

Una de sus vecinas tenía tres hijas hermosas. Él cortejó a las tres al mismo tiempo. A ellas les daba miedo su extraña barba de tono azul, y se escondían cuando iba a visitarlas. Una tarde, las invitó a dar un paseo por el bosque, todas pasaron un día maravilloso. Barba Azul las deleitó con historias encantadoras y las convidó con manjares exquisitos. Luego de esa tarde, le pidió a la madre que le diese a una de sus hijas en matrimonio. No tenía pretensiones ni predilección por una u otra, le aclaró que ella tenía libertad para escoger a la que quisiera. Las jóvenes al enterarse, se negaron. Cada una, apelando a la riqueza del pretendiente y a la vida despreocupada que tendría a su lado, trataba de convencer a la otra para que lo aceptara. Ninguna quería ser la esposa de un sujeto que tenía la barba azul. Tampoco les agradaba saber que este señor se había casado varias veces y se desconociera qué había sido de sus esposas.

Barba Azul no desistió en sus intentos. Las invitó a las cuatro a pasar varios días en la más hermosa de sus casas de campo⁴. Allí todo fue alegría, placer y diversión, entre las partidas de caza, los paseos y los festines que disfrutaron

el poseer. En el mundo, existen niveles de orfandad y de abundancia; en el medio de ambos extremos, hay un amplio campo de interacción entre aquel que tiene y el que no tiene. Ya, al principio del relato, aparecen el materialismo, el lujo, la ostentación. Hay un chantaje del poderoso hacia el que no tiene poder.

³ La tenebrosidad que presenta Barba Azul es un aviso. Por eso, aunque el depredador —como a veces ocurre—, adquiera un aspecto de belleza, cuando ríe *no se deja ver el colmillo*. En este caso la fealdad es una llamada a que no perdamos de vista su oscuridad. La apariencia es siempre reveladora. En cuanto a la discriminación que *Barba Azul* sufre por parte de las mujeres, la pregunta es: ¿quién se quiere comparar con su “feo”? Muchas veces corremos escapando de nuestra propia vergüenza, es decir, de vernos con todo lo que somos, ya que estar al lado de un “feo”, en cierta forma, es asumir que algo feo tenemos. En un mundo donde lo “lindo” es un bien muy valorado, la sola idea de vincularnos con lo “feo” sobrevuela como un fantasma.

⁴ Aquí el depredador utiliza los bienes materiales como arma de seducción. Oculta detrás de la riqueza su verdadera esencia, y muestra lo que no es. Un “*barba azul*” es un mago frustrado, quien inflama a uno internamente, un gran seductor que encanta pero luego la realidad termina siendo otra y deja al descubierto una faceta de él destructiva. En síntesis, no muestra su verdadera naturaleza, muestra lo que no es, tiene una agradable apariencia externa.

durante los días y las noches que pasaron en amena convivencia. Las hermanas comentaron:

—Bueno, a lo mejor este hombre no es tan malo como parece.

Sin embargo, sus sospechas y temores no se disiparon, y las mayores decidieron no volver a verlo. En cambio, la hermana menor pensó que un hombre tan encantador no podía ser tan malo, y cuando más se convencía de ello, menos azul le parecía su barba.

Cuando Barba Azul pidió su mano, ella aceptó. Se casaron y se fueron a vivir al castillo que él tenía en el bosque.

Meses después, Barba Azul le comunicó a su esposa que debía ausentarse por seis semanas, porque tenía compromisos importantes en las provincias. Le rogó que mientras él estuviera de viaje se divirtiera, invitara a sus hermanas y amigas al castillo para no estar sola. Antes de partir, puso en sus manos un manojito de llaves. Y le dijo:

—Acá están las llaves de todas las puertas, de todas las habitaciones, armarios y cajas fuertes. Las puedes abrir a tu antojo. Pero ¿ves esta llavecita? Es de una puerta que te prohíbo abrir. Si lo haces, a mi regreso desatarás mi cólera⁵.

Ella prometió obedecer y él, después de besarla, subió a su carruaje y partió.

Ni bien se enteraron sus hermanas de que Barba Azul se había ido, se dirigieron ansiosas al castillo para saciar su curiosidad. Querían ver todas las riquezas que allí había, porque no se habían atrevido a visitar a la recién casada en presencia de su marido. A diferencia de la joven esposa, a ellas Barba Azul aún les infundía temor⁶.

⁵ Generalmente, no tenemos conciencia de lo que significa colocar una llave en la cerradura y abrir una puerta, es algo que lo tenemos naturalizado. Sin embargo, cuando perdemos una llave nos desestabilizamos. La joven esposa está recibiendo todas las llaves de su “reino”, es decir: todas las claves de su marido. Todas, hasta la prohibida. Es interesante observar lo que, simbólicamente, representa una llave para cada lugar. La llave prohibida tiene que entenderse que es dada para que —de alguna manera—, ella lo salve a él también de su destino. En otras palabras, *Barba Azul*, en su interior, quiere que descubran quién es en verdad. Está pidiendo una salvación que no puede darse a sí mismo y necesita de la víctima para hacerlo.

⁶ Este temor de las hermanas simboliza las voces de alerta, que están afuera y, también, en nuestro interior. En cierta forma, representan a quienes pueden advertir el peligro que

—Tenemos libertad de hacer todo lo que nos venga en gana —les advirtió—. Podemos ir por todo el castillo, menos entrar al lugar que se abre con esta llave, no sé cuál es.

Poseídas por el encantamiento de tanto lujo y abundancia, las tres entraban y salían de las habitaciones una y otra vez. En un momento, las hermanas propusieron jugar a ver cuál sería la puerta que se abría con la llave de la prohibición⁷.

Había más de cien puertas en el castillo, probaron suerte con todas hasta que llegaron a la última, que estaba en el sótano. Dudaron, por un momento, pero una tomó la iniciativa e introdujo la llave. Para sorpresa de todas, esta giró en el ojo de la cerradura y la misteriosa puerta se abrió lentamente. El lugar estaba oscuro, no podían ver nada y entonces encendieron una vela. Al disiparse la penumbra, las tres lanzaron un grito estremecedor: el suelo estaba cubierto de sangre coagulada, varios cuerpos de mujeres degolladas yacían desparramadas por la habitación y en un rincón se veían calaveras amontonadas como pirámides de manzanas. No tuvieron dudas, esos cadáveres pertenecían a las esposas anteriores de Barba Azul, de las que nada se sabía⁸.

La joven comenzó a temblar de miedo, la llave se deslizó de sus manos, cayó en el piso ensangrentado; temblando, la recogió. Horrorizadas, volvieron a cerrar la puerta de golpe y escaparon escaleras arriba. Conmocionadas, se encerraron

acecha y que el potencial depredado no puede ver.

⁷ Una de las cosas que hemos perdido como sociedad es la curiosidad. La curiosidad tiene características muy interesantes porque conduce a la investigación. Una persona con una actitud curiosa es la contracara de quien solo consume en forma pasiva lo que se le ofrece. La curiosidad nos invita a lo nuevo. Es un impulso maravilloso porque nos lleva a buscar la “puerta” que va con determinada “llave”. Es la parte de la psique que nos ayuda a crecer.

⁸ El sótano representa el submundo, el inframundo en el que algo está sucediendo, pero que no deseamos que pase. Entrar al sótano significa descender a las profundidades de uno mismo, donde se conjugan la muerte y el nacimiento, porque la vida se gesta en el útero, que es un mundo oscuro. Por lo tanto, también toma la connotación de un despertar. Krishnamurti decía que la oscuridad es ausencia de luz. En este sentido, un maestro que tuve me dijo en cierta oportunidad: “Si no ves, si no entiendes, hay que prender la luz”. Al hacerlo, aparecen estas situaciones de tremenda magnitud. Sucede que al ver la cercanía de la propia muerte, como en este caso, se toma conciencia de lo que va a ocurrir. Recién entonces se ve quién es realmente el sujeto que está a nuestro lado.

en la habitación de la hermana menor. En medio de la angustia, esta notó que la llave estaba manchada de sangre, trató de limpiarla, pero no pudo. Sus hermanas también lo intentaron infructuosamente⁹. Corrió a la cocina para limpiarla. Tomó la crema de caballo y la frotó con energía pero seguía manchada. La cubrió con ceniza y la restregó nerviosamente, nada; la acercó al fuego para chamuscarla y luego la cubrió con telarañas, pero nada quitaba las manchas rojas.

Desesperada, guardó la llave en el bolsillo de su vestido. Presa de la desesperación vio que la tela blanca de su falda empezó a mancharse de escarlata. Inexplicablemente, de la llave brotaba sangre. En medio de sollozos y desesperación, escondió la llavecita en el armario de la ropa y cerró la puerta¹⁰.

A la mañana siguiente, regresó su marido. Le dijo que había recibido un recado en el camino en el que le informaban que se había solucionado el asunto que lo había forzado a viajar.

—¡Y bien!, ¿qué tal te ha ido en mi ausencia?

—¡Ah!, todo ha ido muy bien, mi señor, muy bien.

—Ummmm... ¿Cómo están mis despensas? —preguntó con voz de trueno.

⁹ Lo que vemos aquí, en un primer momento, es el arrepentimiento que emerge ante al descubrimiento de aquello que estaba oculto pero que, paradójicamente teníamos que descubrir. “¿Para qué lo hice?” sería el cuestionamiento inmediato que nos haríamos o “¿para qué prendí la luz?”. En segundo lugar, el episodio de la llave implica querer deshacer por todos los medios lo que ya es imposible. Ante la realidad, suele aparecer el impulso por desandar lo hecho y negar lo visto. El deseo de borrarlo rápidamente, porque sabemos que el otro se dará cuenta de la transgresión. Es el deseo de negar “lo que ya no se puede negar”, porque esa “sangre” indeleble está en el alma. Es lo que despertó y ya no hay vuelta atrás.

¹⁰ El vestido manchado marca el fin de la inocencia. Es la propia imagen que ya no se puede disfrazar: hay una prenda blanca que lo muestra. En la mancha está la prueba fehaciente de que la persona ya no puede hacerse la distraída ni volver al estado de inocencia. En otras palabras: con este hecho ya es otra persona. Imposible desmentir lo que vio. En ocasiones, podemos negarnos a nosotros mismos ciertas circunstancias, pero ante las evidencias no hay modo de hacerlo. En el plano de la conciencia, “ver” simboliza que hemos dado un paso hacia la iniciación. En todas las culturas, se suele decir que *solo ve aquel que tiene ojos para ver*. Por más doloroso que sea, hay que tomarlo como una gracia. Por otra parte, el depredador busca toda la luz de su víctima para poder iluminarse, es decir, busca la iluminación a través de un hecho en el que, aparentemente, se siente traicionado.

—Muy bien, mi señor.

—¿Y los cuartos del dinero?

—Muy bien, mi señor.

—En tal caso, será mejor que me devuelvas las llaves.

Le bastó un solo vistazo para darse cuenta de que faltaba la llavecita.

—¿Dónde está la llave más pequeña?

—Eeeeh, la he perdido... Sí, la he perdido.

—¿Qué hiciste con ella, mujer?!

—No, no me acuerdo.

—No me mientas, dime qué hiciste con la llave —acercó su mano al rostro como si quisiera acariciarla pero la tomó por el cuello, mientras rugía enajenado. Ella, se quebró ante su violencia y no tuvo otra opción que entregarle la llave que tenía escondida.

—¿Por qué está manchada de sangre? —quiso saber.

—No lo sé —respondió ella, ya pálida y entre sollozos.

—Pero yo sí lo sé —respondió con voz firme. Y agregó con furia infinita—. ¡Has estado en la habitación, ¿verdad?! ¡¿Has estado ahí?!

Ella, aterrada, no podía responder.

—¡Esposa infiel! —le gritó enloquecido, la tomó de los cabellos con actitud amenazadora y la arrojó al suelo—. Ahora te toca a ti —vociferó, la arrastró por el pasillo y bajó con ella al sótano hasta llegar ante la terrible puerta—. Entra, es tu turno.

Ella se arrojó a sus pies llorando y suplicándole perdón. Pero no hubo misericordia. Entonces, la joven se sujetó con fuerza y desesperación al marco de la puerta y le suplicó:

—Por favor, te ruego, te ruego que me permitas serenarme y prepararme para mi muerte, dame un rato para encomendarme a Dios y quedarme en paz con Él.

—Muy bien —a regañadientes accedió Barba Azul—, pero procura estar preparada. Te concedo solo un cuarto de hora, ni un minuto más¹¹.

Ella corrió a su habitación. Desesperada les pidió a sus hermanas que subieran a lo alto de la torre del castillo para ver si venían sus hermanos, que le habían prometido visitarla ese día.

—Háganles señas para que se apuren —les pidió.

Y se arrodilló a rezar. Cada tanto les preguntaba:

—¿No ven a nadie?!

—Solo vemos el sol y una polvareda a lo lejos —le respondían.

Entre tanto Barba Azul, con un enorme y afilado cuchillo en sus manos, vociferaba por su presencia:

—¡Si no bajas, te voy a buscar! —repetía amenazante.

—¿No ven a nadie?! —preguntó nuevamente entre lágrimas a sus hermanas.

—¡Sí! —exclamaron eufóricas—, ¡son nuestros hermanos y están entrando al castillo!

Barba Azul le gritaba que bajara para decapitarla. Agotada su paciencia, subió a la habitación. Entró en el pasillo en dirección a la recámara de su esposa. Sus pisadas eran fuertes, tanto que las piedras del suelo se desprendían y la arena de la argamasa caía al piso.

—¡He venido a buscarte! —le anunció.

¹¹ Esta concesión de Barba Azul hace que la escena se asemeje más a un ajusticiamiento que a un crimen común. Al parecer se llevará a cabo una ejecución en la que la víctima acepta su propia sentencia. Quizá por la culpa que siente por haber dejado que las cosas llegaran a esa situación... este es el pensamiento que caracteriza al depredador, pero el hecho tiene otras facetas que deben tenerse en cuenta. Se ampliará este concepto en el capítulo correspondiente al “Retroceso y serpenteo”.

Mientras Barba Azul entraba en la habitación, los hermanos ingresaron al galope en el castillo y sin demora irrumpieron en el aposento. Desenvainaron sus espadas para salvar la vida de su hermana¹².

Comenzó la lucha, acorralaron a Barba Azul y lo obligaron a salir al parapeto. Con las espadas empezaron a dar tajos a diestra y siniestra, lo derribaron y al final lo mataron, dejando su sangre y sus despojos a los devoradores de pecados.

¹² Pinkola Estés considera que el momento en que la joven se retira a prepararse para la muerte es un acto profundamente espiritual. Ahí descubre que la fuerza no está fuera, sino dentro y que es necesario clamar por ella. Entonces se empodera de lo que realmente es, porque antes había sido una muerta en vida; ella exige a sí misma su propia fuerza, no se la reclama a otros. El poder es una investidura que está oculto en nosotros. Es la fuerza que suele aparecer cuando la vida está en peligro. La joven invoca a su masculino, es decir a su guerrero interior, el que la empodera con su fuerza y la termina salvando. La llegada de los hermanos, representa la fuerza que embiste y que desconocemos que la poseemos hasta que la invocamos. Es interesante que solo al final del relato se nombre a los hermanos, de los que no se sabía nada porque no se los había mencionado antes. Lo que pone de manifiesto que hasta ese momento no había acceso a ese nivel de conciencia, que la fuerza está lejos y hay que gritarle para que aparezca.

Índice general

Introducción.....	5
Barba Azul, un cuento para conocernos y reconocernos	13
Antes de comenzar...	
Cita con el Depredador.....	21
Primer encuentro: animarnos a ver el arquetipo del depredador	27
Fragmento del cuento.....	27
Descubriendo la energía de Plutón	30
Ser con esa “fuerza”	37
¿Cómo descubrir la potencia de la agresión?	43
El Ejercicio del Espejo.....	47
Segundo encuentro: la mujer ingenua.....	55
Fragmento del cuento.....	55

Tercer encuentro: el novio animal y los rastros de sangre	69
Fragmento del cuento.....	69
Una comunidad de destino.....	76
Cuarto encuentro: retroceso y serpenteo.....	91
Fragmento del cuento.....	91
Conjugar el yin y el yang.....	100
Quinto encuentro: devorador de pecados.....	109
Fragmento del cuento.....	109
¿Qué vamos a hacer con nuestro depredador?	119
Sexto encuentro: el hombre oscuro de los sueños de las mujeres.....	133
Los sueños son una invitación a la acción	140
Depredador-depredado	144
Séptimo encuentro: conclusiones.....	151

TESTIMONIOS

Testimonio “A”	161
Testimonio “B”	169
Testimonio “C”	173
Testimonio “D”	177
Testimonio “E”	183